

LA PÍCARA JUSTINA (LITERATURA PICARESCA Y FEMINISMO)

por Leopoldo de Trazegnies Granda
(<http://www.trazegnies.arrakis.es/alosleyenderos.html>)

Al igual que todos los pícaros de la picaresca, Justina no nace pícaro sino que se va transformando conforme va sufriendo desengaños, abusos e injusticias. Hay que esperar a que sufra un intento de violación en una romería de los aledaños de su pueblo para verla actuar como pícaro desvergonzada y estafadora.

La pícaro Justina es también una crítica de las “malas artes femeninas” llevadas al extremo. Si en el Tenorio se criticaba la conducta licenciosa de don Juan en ésta se censura a la engañadora de hombres que fue Justina. La obra tiene el trasfondo misógino que dominó el Medioevo y el Renacimiento y que en muchas ocasiones quedó plasmado en la literatura barroca.

No se sabe a ciencia cierta quién la escribió, pero sin duda alguna no fue una mujer. Se publicó en 1605 bajo la firma de Francisco López de Úbeda y se atribuyó a fray Andrés Pérez porque así figura en la Bibliotheca Hispana de Nicolás Antonio.

Muy recientemente, a raíz de un documento hallado por el profesor Anastasio Rojo (2005), se ha adjudicado su autoría a fray Baltasar Navarrete.

Su autor, sea quien fuere, no gozó de buena crítica en su tiempo, Cervantes lo menciona en su Viaje del Parnaso como capitán de los malos poetas:

Haldeando venía trasudando
el autor de La pícaro Justina
capitán lego del contrario bando.

Desde Cervantes hasta hoy los comentarios no han sido muy benévolos con esta original novela. Menéndez Pelayo la tacha de “poca inventiva y perverso gusto”. Florencio Sevilla califica el estilo de “verborrea fácil y vacua”. J.L. Alborg se pliega a las críticas que le reprochan una “absoluta falta de amenidad”.

Es cierto que sus aventuras no son tan ingeniosas como las del Buscón o las de Guzmán pero demuestran mucha enjundia, para muestra el episodio del soldado al que hizo huir amenazándolo: Le haré moler el colodrillo a palos.

En cuanto al estilo, utiliza un vocabulario insólito y riquísimo, vocablos como “astrondidad” o “uchoando” que no figuran en el actual diccionario de la Academia y que posiblemente extrajo de la jerga de los hampones llamada jacarandina y del vocabulario rural.

El relato no tiene una continuidad sino que hay intercalados cuentos, reflexiones, comentarios satíricos... procedimiento habitual en la picaresca pero que en el caso de La pícaro Justina la ruptura del texto es aún mayor y la acción nunca termina de hilvanarse. Sin duda alguna, es una obra de difícil lectura.

También se han criticado los versos que adornan cada capítulo, reprochando al autor su escasa calidad poética. ¿Pero alguien esperaba que fueran buenos? ¿A alguien se le ocurre que en una obra satírica escrita como un juguete se van a incluir poemas excelsos?

Sus versos son burlones y transgresores, como éstos que pergeña el autor para ilustrar la entrada de Justina a León:

Tiene León una entrada

tan extendida y tan larga,
que por desabrida, amarga,
y por importuna, enfada,
más Justina
por vencer esta mohina
y por dar contento a todos,
comenzó a decir apodos
de una entrada tan malina
y tan lodosa.

En resumen, el libro de la pícaro molestó cuando se publicó a principios del siglo XVII y sigue molestando en la actualidad.

Pero a esta obra no se le pueden negar ciertos méritos. Por un lado la singularidad de tener por protagonista a una mujer, una pícaro que explica sus reflexiones en primera persona en un mundo de hombres. Tanto llamaría la atención este hecho insólito que Cervantes para burlarse del autor masculino, el supuesto Francisco López de Úbeda, dice que venía “haldeando”, palabra hoy en desuso que significa “andando con faldas y de prisa”. ¿Sugería que el autor era “bujarrón” tal como Quevedo acusaba a Góngora? Por otro lado la obra pretende ser transgresora tanto en la forma como en el fondo. No se circunscribe a un relato lineal como el Guzmán que utiliza de modelo, sino que la acción salta tiempos y espacios indiferentemente, subordinada a la conveniencia de sus experiencias o a la exposición de sus reflexiones.

En todo caso, no se puede descartar un libro que en el prólogo describe así a su protagonista:

Justina fue mujer de raro ingenio, feliz memoria, amorosa y risueña, de buen cuerpo, talle y brío; ojos zarcos, pelinegra, nariz aguileña y color moreno. De conversación suave, única en dar apodos, fue dada a leer libros de romance con ocasión de unos que acaso hubo su padre de un huésped humanista que, pasando por su mesón, dejó en él libros, humanidad y pellejo.

El autor manifiesta que escribió la obra a ratos perdidos en su época de estudiante en Alcalá de Henares y que la publicación de la novela del “pícaro” Guzmán de Mateo Alemán lo animó a terminar la “pícaro” Justina. En ningún momento dice que su intención era escribir una obra trascendente, sino muy al contrario, la califica de “juguete” para entretener.

No sería extraño que se hubiera inspirado en la hija de un mesonero al que el estudiante frecuentaba en Alcalá. En tal caso el “huésped humanista” mencionado sería el propio autor. Allí se dejó, además de libros, humanidad y pellejo ¿amor y trabajos?

La obra está compuesta por cuatro libros, La pícaro montañesa, La pícaro romera, La pícaro pleitista, y La pícaro novia, precedidos de una larguísima introducción dividida en tres capítulos que se dice escrita de la mano de Justina, aunque el narrador, impaciente por mostrar las ocurrencias y desplantes de esta mujer desvergonzada, descuida el tono de autoficción frívola que ha planteado para conducir la mano de Justina de forma erudita:

Quien viere que mis escritos tienen por arma y blasón una culebra, pensarán que soy otra diosa Sophía, reina de la elocuencia, y que me convertí en culebra, no para engañar al dormido Adán, como los herejes valentinianos lo afirman [...] sino para enseñar sabiduría a los dormidos que no saben en qué mundo viven.

En el más puro estilo de la picaresca empieza:

Nació Justina Díez, la pícara, el año de las nacidas, que fue bisiesto.

Sorprende la utilización de la tercera persona en una autobiografía simulada, pero no olvidemos que se trata de una obra satírica y por eso a continuación se pregunta:

¿Ya soy nacida? ¡Ox, que hace frío!

Frecuentemente entabla un diálogo consigo misma o con el lector, con una técnica similar a las ahora llamadas “novelas en proceso” que dubitativamente van desvelando la trama a la vez que desarrollan la acción.

De forma pausada y a veces reiterativa, nos desgrana la genealogía de su familia y las razones que la llevan a tomar una determinada actitud ante la sociedad, pero lo hace para satirizar a los autores que empiezan así sus novelas porque no se limita a decir quiénes fueron sus padres sino que continúa con sus abuelos y bisabuelos, para no ser menos. Entre ellos, uno titiritero en Sevilla:

Era pequeño, no mayor que del codo a la mano, que dél a sus títeres sólo había diferencia de hablar por cerbatana o sin ella [...] dio en aparearse y agarrarse tanto a hembras, que después de haberle comido los dineros, vestidos, mulos, títeres y retablo, le comieron la salud y vida y lo dejaron hecho títere en un hospital.

En consonancia con su favorable disposición a reírse de su propia familia, satiriza a los autores que presumen de tener ascendientes de prosapia:

Y así, los escritores que se quieren engrandecer toman de atrás el salto, acógense a la torre de Babel o al arca de Noé y salen tan godos como Ramiro Núñez.

La pícara Justina es una sátira de la picaresca, al igual que El Quijote lo es de los libros de caballerías, la diferencia está en que cuando Cervantes escribe su obra las novelas de caballeros andantes estaban en franca decadencia en cambio Justina satiriza al Lazarillo o al Guzmán que estaban en pleno apogeo, eran los “best-sellers” de la época.

En el segundo libro titulado La pícara romera, Justina hace sus primeras salidas por el entorno del mesón de sus padres y acude a romerías donde tiene sus primeras experiencias, tales como un pretendiente más pesado que un “caimán enamorado” y un intento de violación por unos estudiantes a los que mantiene a raya:

Así que todos me comían con los ojos y ninguno me tocaba con las manos.

Sale “íntegra” empleando marrullerías y haciéndole promesas falsas al líder del grupo de estudiantes y valiéndose de su malicia termina emborrachándolos a todos y secuestrándolos en su propia carreta tirada por una mula. Entra al pueblo como una diosa azotando a los estudiantes con el látigo de la mula. A partir de allí la pícara mesonera se ganó fama de mujer de armas tomar.

De todos fui alabada, por casta más que Lucrecia; por astuta, más que Berecinta; por valerosa, más que Semiramis.

En la segunda parte del segundo libro la pícara romera decide dejar su pueblo de Mansilla llamado desde entonces “Mansilla de las Mulas” e ir a las fiestas de León. Nos cuenta que por el camino se topó con toda clase de personajes que se meten con ella por ser mujer, pero ella para todos tiene una respuesta rápida y punzante que los deja en ridículo, excepto, dice, con un rufián metido a estudiante del que no pudo desquitarse porque después de dedicarle cumplidos y alabanzas terminó ofendiéndola y como ella tardara en responderle se marchó dejándola con la palabra en la boca.

Una mujer alabada, no tiene espada, y si la tiene no mata.

Pero Justina demostraba tener arrestos y se la guardó al fullero por si se encontraba con él en otra ocasión, como así fue.

Al entrar a León describe algunos sitios por donde pasa, siempre con mirada crítica y sarcástica. Así nos habla del puente del Castro que los leoneses lo tienen por maravilla cuando es una antigualla de guijarro pelado mal hecha. También describe la mancebía:

Estaban unas mezquitas pequeñas o casas de calabacero, donde estaban asomadas unas mujercitas relamidas, alegritas y raiditas, como pichones en saetera.

Justina, siendo mujer, viaja sola como cualquier caballero de su época, y para mayor mérito no lo hace siendo adulta ni vieja, que podría considerarse más habitual, sino admirablemente joven. Cuando describe a las “mozas de placer” nos confiesa indirectamente su edad:

Estas cantaderas eran buenas niñas, pollas de hasta dieciocho o veinte años, en fin, de mi edad.

Para andar sola por el mundo estaba obligada a desconfiar de todo y de todos y ser rápida en las respuestas, en caso contrario le perderían el respeto. Muchas son las muestras de su ingenio, por ejemplo cuando alguien le dice un requiebro no sin mala intención:

Si vos no sois cantadera, tenéis gesto de encantadera.

Justina responde:

Si yo soy encantadera, tápate con la cola, pues te sobra, asnazo.

Se aloja en un mesón donde la casualidad hace que también esté hospedado el estudiante que se burló de ella por el camino. Al verla, el fullero empezó a decirle fanfarrias y muchos donaires [...] algunos picantes y justina comenta:

Estos necios son como lobitos, que no saben jugar sino a mordicadas.

En los dos libros restantes desarrolla sus galanteos, pleitos y conquistas. Justina seduce, estafa y manipula a los hombres jugando con sus sentimientos y sus ansias sexuales. Responde al tópico bíblico de Eva que tienta a Adán con la manzana: ella es la pecadora que induce a pecar a los hombres, pero lo novedoso en este caso es que sepa defenderse sola.

No busca el placer, ni mucho menos el amor, sino que utiliza su sagacidad femenina con

falsas promesas sexuales para su enriquecimiento material.

No es mi intención, ni hallarás que he pretendido, contar amores al tono del libro de Celestina.

La actitud de Justina no difiere demasiado del de una prostituta, pero al no presentarse como ramera sino como una atractiva mujer algo casquivana su comportamiento se considera aún más censurable ya que engaña y embauca al inocente pretendiente. En el libro tercero muestra la galería de sus conquistas:

El primer pretendiente mío [...] mocito espigado, barbiponiente, bermejuelo, pintojo, espadachín, no mal talle, sino que tenía la cabeza chica, que parecía porra de llaves, señal de poco seso [...] llamábase Maximino de Umenos.

Luego de mencionar a muchos pre-tendientes, sorpresivamente termina en un retruécano literario casándose nada menos que con el propio Guzmán de Alfarache. Justina asume con todas sus consecuencias su condición inmoral, o al menos amoral, pero defiende su derecho a comportarse de tal manera frente a una sociedad que le niega la libertad. Ante el pícaro Guzmán, que llegará a ser su marido, se descubre con los siguientes epítetos que no eran como para enamorar a nadie:

[Soy] la engulle figas, la escalfa fulleros, la abortona, la del mogollón, la mata viejos, la conquista bolsas, la loca vengativa...

Su actitud coincide con los actores de la picaresca en su afán de conseguir riquezas de forma fraudulenta como único medio de sobrevivir en libertad. En el último libro narra de qué forma se hizo pasar por nieta de una anciana rica para heredarla.

¿Cuál es entonces la intencionalidad de la obra? ¿Únicamente entretener como declara en el prólogo su desconocido autor? ¿O contiene algún propósito oculto?

Al menos se percibe una clara intención de denigrar a la mujer casquivana, pero al mismo tiempo defiende su libertad mostrando los peligros que le acechan cuando decide salir de su limitado entorno tradicional. El resultado es una obra a la vez misógina y pro feminista. El fin moral que la obra persigue no parece ser el de corregir a seductoras inescrupulosas, en el fondo trata a Justina como un pretexto para demostrar el grave daño que la mujer puede causarle al hombre, porque en realidad lo que persigue es dar una lección a los incautos que se dejan llevar por las provocadoras apariencias femeninas y terminan perdiendo hasta su hacienda por conseguirlas.

El autor insinúa que hay algo de Justina en todas las mujeres, que ante la actitud provocadora femenina, en la mayoría de los casos involuntaria, el hombre reacciona como macho prepotente y a la mujer no le queda más remedio que engañarlo con astucia. En resumen, hay que desconfiar de las mujeres, son como las sirenas de Ulises, sólo pueden traer desgracias a los hombres. En este sentido se ajusta cabalmente a la misoginia religiosa de la época.

Pero lo que no puede dejar de considerarse es su visión humanista, Justina es una adelantada a su tiempo, independientemente de sus valores morales, es una persona libre, condición que muy pocas mujeres alcanzaban en aquella época y que algunas, como la Monja Alférez, tuvieron que transmutarse en hombres para conseguirla. Justina representa la feminización de la literatura clásica porque pasa a primer plano y actúa por su cuenta de acuerdo a sus propios intereses y deseos, con capacidad de decisión y objetivos muy claros para su provecho, en contra de los deseos masculinos.

Es una precursora del feminismo pese a haber sido creada por un autor misógino y es consciente de que abre una nueva vía literaria, aunque no esté dispuesta a asumirlo:

Y si alguno pensare que por el mismo caso que me hago fundadora de la picardía, se cree de mí que, así como todos los fundadores de casas grandes se preciaron de altísimos principios, así yo me he de hacer de a par de Deus, ¡no, no!

No admite ser fundadora de nada pero sin ningún complejo de hembra, afirma su equiparación al varón de esta manera:

Yo entré en León, caballera en mi borrica.

Justina no justifica sus acciones por necesidad o hambre, como es habitual en los pícaros, lo hace porque desea poner a prueba su libertad, de la misma manera que a don Juan Tenorio no lo mueve el deseo sexual sino su afán de ultrajar a las mujeres, Justina disfruta timando a bachilleres.

Su actitud tampoco es la de una niña traviesa como algunos han querido ver, Justina juega sin enfrentarse a nada, pero cuestiona todo. Su aparente actitud lúdica sirve para denunciar la injusta sociedad de la época, si no en cuanto a sus diferencias económicas, sí en cuanto a sus diferencias sociales en lo que atañe a la condición de la mujer.

En este libro hallará la doncella el conocimiento de su perdición, los peligros en que se pone una libre mujer que no se rinde al consejo de otros.

Se debe tener muy en cuenta que en los siglos XVI y XVII la mujer estaba totalmente supeditada a sus padres o marido, carecía de personalidad civil, no tenía libertad ni siquiera para salir sola a la calle. En algunas regiones de España, para evitar las miradas lujuriosas, ocultaban la mitad del rostro a la manera árabe tras una capa o paño, llamadas por tal motivo “tapadas” en Jaén, o “rebujadas” en Granada. Costumbre que luego pasó al Perú siendo adoptada como forma típica del vestuario femenino limeño. El limitado universo femenino de esos siglos permite apreciar en toda su magnitud la novedad que encierra el personaje de Justina: una mujer libre que juega con los prejuicios y sentimientos masculinos.

La actitud desenfadada de Justina inició un estilo literario empleado en varias novelas posteriores protagonizadas por mujeres embusteras y estafadoras como es el caso de la citada La hija de la Celestina de Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo o las cuatro novelas cortas de Alonso de Castillo Solórzano impresas bajo el título de Las harpías de Madrid, o La niña de los embustes del mismo autor. Sin duda alguna, el tema femenino iniciado en La pícaro Justina se convertiría para los editores en una nueva veta comercial muy rentable.

Ver menos

Editar

Todas las reacciones:

6Felipe Landín, Marlene Polo Miranda y 4 personas más

3

2

Me gusta

Comentar

Compartir

